

EL ARTE DEL



FUEGO

**EL PLACER
DE ENGENDER
UNA LLAMA**

DANIEL HUME

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer

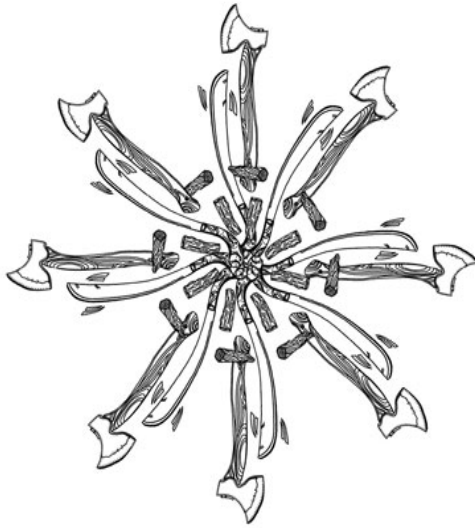


@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |





© NMAI Photo Services

INTRODUCCIÓN

El fuego es la energía más antigua de la humanidad. Seguro que en los genes humanos ha quedado el amor por él.

Lars Mytting

¿Alguna vez te has quedado hipnotizado mirando el parpadeo de las llamas rojas y naranjas de una hoguera? ¿Te han dado energía o inspiración? El fuego se encuentra en el origen del progreso de la humanidad. El impulso de juntarnos a su alrededor, calentándonos las manos y la cara, es uno de nuestros más antiguos y profundos instintos. El fuego fascina, cautiva la imaginación y une familias y comunidades. Como todos los prodigios y misterios del universo, es capaz de llegarnos muy adentro.

Durante cientos de miles de años, en todos los rincones del planeta, el ser humano ha hecho uso del fuego. Desde los bosquimanos del desierto de Kalahari, que bailan en trance alrededor de sus hogueras como modo ritual de curar a un niño enfermo, hasta los pastores de renos sami del norte de Finlandia, que aguardan con paciencia a que rompa a hervir el agua al calor de las llamas, nadie queda al margen de los beneficios del fuego.

El papel del fuego es esencial para cualquiera. El fuego satisface necesidades tan básicas, primitivas y fundamenta-

les como las de tener luz, calor y energía y poder cocer los alimentos. Para muchas personas va mucho más allá y adquiere un significado espiritual y cultural irremplazable. El fuego nos conecta con nuestros semejantes, nuestras emociones y nuestra historia. Deja huella en nuestros recuerdos, y ayuda a definir nuestras comunidades y nuestras vidas.

Mis recuerdos del fuego son de una cristalina nitidez: instantáneas diáfanas, como las de abrir unos regalos muy ansiados la mañana del día de Navidad, y en los cumpleaños. Me recuerdo apenas tan alto como la propia chimenea, manchándome de tinta mientras ayudaba a mi padre a hacer bolas de papel con periódicos viejos y a distribuirlas con cuidado encima de la reja, antes de cubrirlas minuciosamente con astillas de pino. Vivíamos en una casa del siglo XIX, de techos altos y mal aislada, y en los meses más fríos siempre estaba encendida la chimenea del salón. La alimentábamos sobre todo con carbón, pero de vez en cuando, si había madera que tirar, echábamos un tronco viejo. Las cerillas y los encendedores se guardaban en una lata vieja y oxidada, de color azul, que se dejaba fuera del alcance de las pequeñas e intrépidas manos de un servidor y sus hermanos, en el estante más alto de la cocina.

Soy el mayor de tres, todos varones. Ben, Sam y yo pasamos nuestra infancia en el campo, en el valle del Stour, justo en la frontera entre Essex y Suffolk, y como tantos niños de la zona lo que más hacíamos era rondar por campos y bosques, donde nos ensuciábamos de barro de los pies a la cabeza. Al salir de la bañera me ponía delante de la chimenea, envuelto en una toalla, para secarme bien y entrar en calor. A medida que fui haciéndome mayor, mis padres

fueron asignándome deberes relativos al uso del fuego en el hogar, y no tardé en encender yo solo la chimenea del salón, subiéndome a una silla para poder bajar la lata azul y hacer brotar llamas con una cerilla. También encendíamos enormes hogueras en el jardín. A veces mi padre nos fabricaba antorchas: elegía una rama corta en la leñera, envolvía una punta con un trozo de arpillera vieja, la rociaba de aceite vegetal, le prendía fuego y la ponía en mis manos, mientras yo la miraba impresionado. Al mismo tiempo que nos divertíamos, mis hermanos y yo interiorizamos la importancia del respeto, sobre todo en lo tocante al descomunal poder del fuego.

Cuando nos hicimos mayores seguimos jugando y explorando al aire libre, pero nuestro ocio tomó nuevos derroteros. Yo soñaba día y noche con la naturaleza virgen, y aprendía todo lo que pudiera conducirme hacia ella. Nuestra familia llevaba como mínimo trescientos cincuenta años en la zona donde vivíamos. Me obsesioné con recorrer las mismas sendas que mis parientes y mis antepasados, y descubrir todo lo que pudiera sobre la naturaleza. De pequeño devoraba cualquier texto a mi alcance sobre supervivencia y técnicas para hacer fuego. Saber encenderlo con precisión y rapidez es una de las habilidades más importantes para quien se embarca en la aventura de pisar tierras vírgenes. Sin embargo, se ha escrito muy poco sobre el tema de manera exhaustiva y partiendo de experiencias de primera mano.

A los diecisiete años entré a trabajar en Woodlore Limited, la principal escuela de técnicas de supervivencia y de rastreo del Reino Unido, en la que permanecí, y disfruté,

hasta 2017, ya en el cargo de director de operaciones. Actualmente sigo dando clases. He dedicado mi vida a aprender lo más posible sobre la naturaleza, y he recorrido el mundo entero buscando información acerca del lugar que ocupa el fuego en nuestra vida, y en la de las comunidades que lo usan.

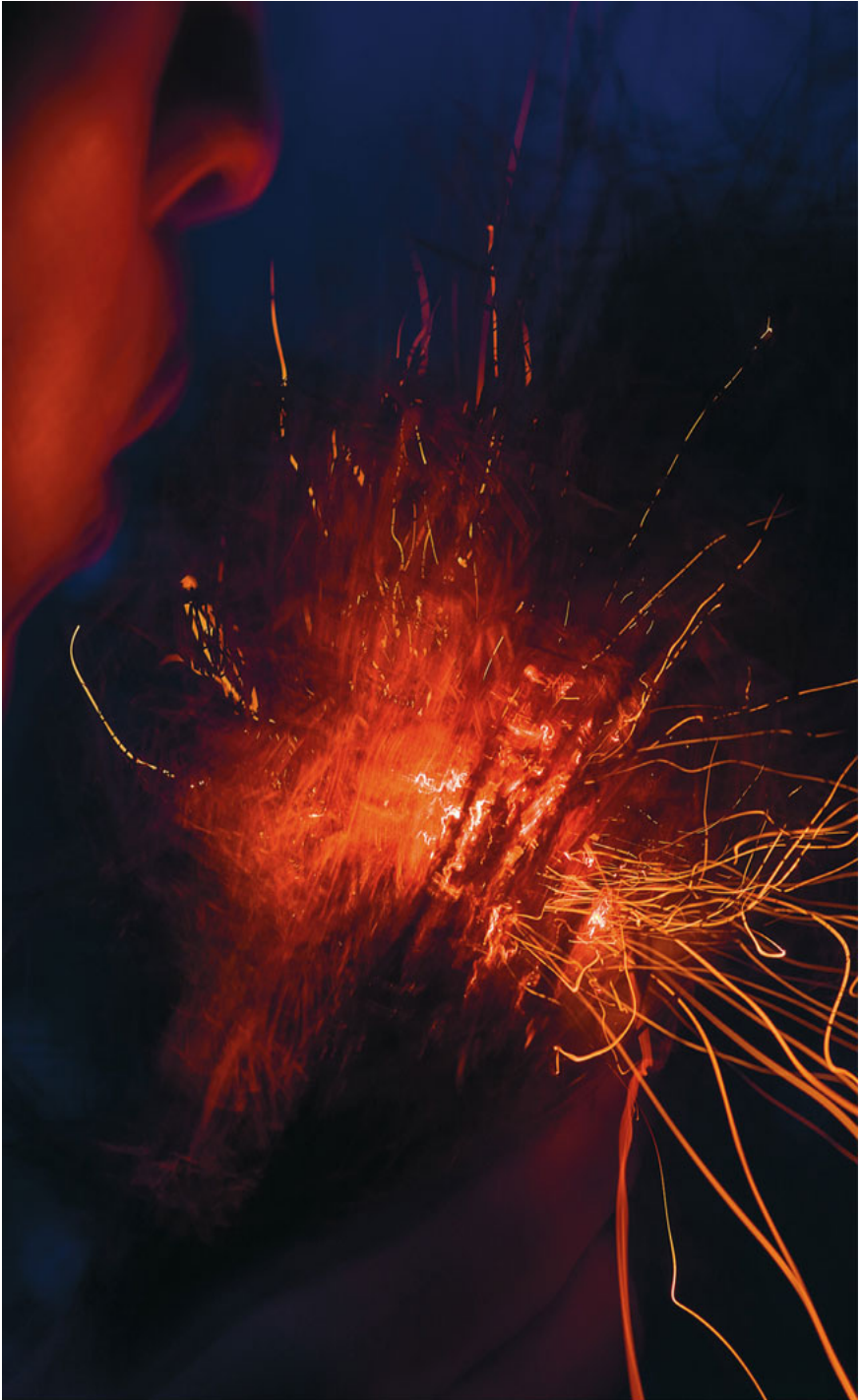
En este libro expongo paso a paso, de manera práctica, los diversos modos de que prenda una llama, basándome en mis experiencias encendiendo fuego durante mis viajes y mis clases, y en lo que me han enseñado sobre las tradiciones que lo rodean. También abordo cuestiones más generales sobre el fuego, como su lugar en la historia, la cultura y la espiritualidad, y, en última instancia, cómo condiciona nuestro entorno.



CAPÍTULO 1



ASCUAS Y YESCAS



A los ocho años, en primaria, durante una conversación en el recreo, me enteré de que se podía hacer fuego por fricción. Un amigo me contó que según su padre era posible hacer brotar una llama frotando dos trozos de madera entre sí, y me asaltó la curiosidad. Era más fuerte que yo. A partir de entonces, mi libro de cabecera fue *El manual de supervivencia de SAS* de John Wiseman, que al poco tiempo ya estaba muy gastado, con más de una página pegada por el barro. Empecé a experimentar con cualquier trozo de madera que encontrara en el jardín, hasta un trozo de valla, que quise usar como rudimentario arado de fuego. Se sobreentendiendo que mi éxito fue nulo.

A los diez años ya encendía hogueras yo solo en el jardín. Me hice todo un experto en prenderlas en la chimenea de casa, sin tardar más de uno o dos minutos. Aprendí a alimentarlas, fascinado por cómo ardían y por sus reacciones cuando se añadía combustible. Empecé a cocinar con fuego, y a construir hornos de ladrillo en el jardín. Me encantaba dormir sin otro techo que el de las estrellas, mientras a mi lado se iba consumiendo la fogata y parpadeaban los rescollos a la luz de la luna.

A partir de ahí, mi atención se dirigió hacia otras técnicas de supervivencia, pero sin renunciar a mi incesante empeño en hacer fuego por fricción. Empecé por los métodos de taldro, manuales o con arco. Cada día, al volver del colegio, dejaba tirada la mochila al lado de la puerta y salía al jardín para intentar encender fuego. Llegué a dominar bastante la

técnica del taladro manual, aunque lo suyo me costó, debido a que sin saberlo usaba una madera muy difícil. Con el arco fue otra cosa: tras muchas horas, días, semanas y meses de dedicación, el objetivo de hacer fuego parecía tan lejano como el primer día. Aunque reprodujera con pelos y señales las instrucciones de los manuales de supervivencia, me costaba muchísimo trabajo avanzar.

A pesar de las muecas de contrariedad, mi determinación interna me impedía desistir, así que continué, aunque creyera tener la suerte en contra, y perdí la cuenta de las veces que me despellejé los nudillos en el patio, o que se me gastó alguna de las piezas de madera del arco que usaba, lo cual me obligaba a buscar una y otra vez un nuevo trozo al que dar forma. Ni con todos estos problemas, nunca se me pasó por la cabeza darme por vencido. Lo impedían los avances que iba vislumbrando, convencido de que era posible alcanzar el objetivo. En cada nueva práctica observaba algún progreso, al que de vez en cuando se sumaba un gran salto que me espoleaba aún más a continuar.

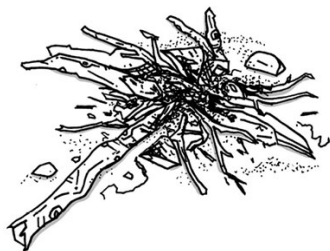
Un día, recién cumplidos los catorce años, mi insistencia dio fruto. Estaba fuera de la casa, haciendo los mismos movimientos en el césped que había repetido infinidad de veces. Había cambiado mi arco de siempre por el de mi juego de arco y flechas, porque era más largo, y tenía la impresión de que giraría mejor. Lo movía con todas mis fuerzas, mientras la fricción de las dos piezas de madera iba formando una pequeña montaña de serrín negro y caliente. El proceso era idéntico al que había repetido miles de veces, sin exagerar, pero esta vez tuve la impresión de que hacía algo bien. Dejé el arco en el suelo y me quedé mirando el montoncito

de polvo chamuscado que se había ido acumulando, y del que seguía saliendo humo, como de un puro, aunque el taldro hubiera dejado de girar. Por fin, un ascua. ¡Lo había conseguido!

La sensación de éxito fue abrumadora. Me temblaban las manos de entusiasmo y de cansancio, pero el caso es que aún no había terminado. Solo estaba a medio camino. El ascua, frágil y pequeña, debía ser alimentada y convertida en llamas para evitar que se apagase. Durante unos instantes decisivos, esperé a que el calor se propagase desde el interior del serrín, hasta que apareció un resplandor anaranjado parecido al cráter de un volcán en miniatura. Aceleré el proceso, dirigiendo mi aliento hacia el ascua con mucha suavidad, para que no se extinguiera. Imaginaos la punta de un puro cuando se le da una calada: era el resplandor que esperaba. Y que de pronto vi: la señal de que podía trasladarlo a la yesca.

Se me aceleró el corazón al darme cuenta de que no tenía yesca en el bolsillo. A mi alrededor, en el jardín, estaba todo húmedo. Con la mente tan acelerada como el pulso, corrí a la conejera y recogí desesperadamente un puñado de paja de la cama del pequeño Leo, nuestro conejo cabeza de león, adorado por toda la familia. Al volver con la yesca en la mano, me alivió ver que aún salía una cinta de humo. Levanté con la punta de los dedos la viruta de madera en la que se apoyaba el ascua, deposité esta última en el puñado de paja y soplé un poco. Cada soplido, cuidadosamente dirigido, hacía brillar el ascua, cuyo resplandor se fue intensificando al transmitir su contagiosa calidez a la yesca seca que la rodeaba. Pasaron unos treinta segundos, hasta que oí el

rugido del fuego. Una llama muy viva envolvió el manojito de yesca, y también mis dedos. Dejé caer el ascua al suelo. Las llamas consumieron la yesca y chamuscaron el césped. Empecé a dar saltos de alegría. Luego entré corriendo en casa para darles a todos la noticia, dejando una pequeña montaña de restos negruzcos y calientes. Por fin había encendido fuego; no solo en el suelo, sino en lo más profundo de mi alma. Hoy que ha pasado tanto tiempo desde que la brisa se llevó esa ceniza, la llama sigue ardiendo en mi interior.



LAS ASCUAS

En este libro describo una gran variedad de sistemas para encender fuego y adaptarlo a cualquier necesidad. Las llamas que obtengamos estarán condicionadas por los métodos que empleemos para crear la fuente inicial de calor, métodos que pueden dividirse en varias categorías. Algunos producen directamente llamas, como los aparatos modernos de chispa, o las cerillas; otros, en cambio, producen solo un ascua. En líneas generales, las ascuas suelen derivar de las